

Nica

(Cuento)

Las mujeres habían dejado de hacer fila, y se agolpaban en la puerta de la Pulpería gritando frente a la fachada gris del edificio.

La puerta no cedía ni un milímetro ante los golpes ni ante los brazos extendidos arañándola. Maldecían. Nica sintió que se ahogaba entre los cuerpos de las mujeres en un permanente vaivén.

En un momento todo creció y ella era demasiado pequeña para vencer la fuerza que venía de esa aglomeración. Agitó los brazos. El vocerío se fue afirmando en dos palabras:

"¡Queremos pan!", "¡Queremos pan!", "¡Queremos pan!", ...

Giró sobre sus talones al salir de aquel grupo humano y vio en semicírculo, las toscas edificaciones de la Administración, la Maestranza, los Almacenes y la Gerencia, todas levantadas en el espacio abierto en la mitad del cerro.

Echó las trenzas a la espalda y tosio haciendo vapor. El aire frío secó el sudor al momento. Estaba sobre un promontorio de la calle inclinada; desde allí pudo ver a la gente que continuaba protestando. La vagoneta de la Gerencia avanzaba dejando una estela de polvo entre las rústicas casas del campamento. Unos metros antes de llegar a la Pulpería, el vehículo giró sobre sus ruedas traseras mientras la gente esquivaba la embestida, y arrancó como había llegado, dejando tras de sí, a mujeres y hombres, además de niños, arrojando piedras.

Un grupo se desprendió al reconocer al Jefe de Pulperías que corría desesperado hacia la Gerencia.

Llegó hasta la puerta, golpeó con los puños, ésta se abrió y, las piedras se estrellaron en ella al cerrarse. Un hombre viejo y pequeño terminaba de hablar por teléfono: Era el portero. Miró el rostro angustiado del Jefe de Pulperías mientras se escuchaba el "click" al apoyar el auricular.

- El Gerente acaba de irse a Oruro - dijo.

- ¡Desgraciados, no pudieron recogerme! - chilló el Jefe de Pulperías mirando al viejo y moviendo la cabeza ligeramente hacia el muchacho que le franqueó la puerta.

- Es mi hijo - aclaró el portero.

- ¡Esos desgraciados escaparon! - refunfuño entre dientes el Jefe de Pulperías, sin dar importancia al muchacho que le sonreía.

- Es una desgracia, la gente está desesperada por culpa del racionamiento - continuó el portero.

- ¡Yo no tengo la culpa! - gritó el Jefe de Pulperías tropezando con una silla y dejando caer el teléfono y un canastillo de alambre con papeles. El hijo del portero se zambulló.

- ¡Estos animales están en huelga, se oponen al nuevo gobierno! - despotricó.

- ¡Estamos defendiendo la Democracia, no queremos más militares! - respondió el portero enfrentándose.

- ¿Ah sí? ¿Qué saben pues ustedes de democracia? ¡Pobres cojudos!...

Apenas pudo concluir, cuando comenzó la pedrea. Los vidrios saltaron en pedazos: ¡Que salga ese hijo de puta!, "¡Que salga ese cabrón!", "¡Véndido!", "¡Queremos pan!", "¡Que nos den nuestra pulpería, carajo!".

Las piedras llegaron hasta el escritorio, una rompió la lamparita. El Jefe de Pulperías retrocedió hasta la pared, pegándose a ella. El portero siguió sus pasos y el muchacho aguardó junto a la puerta.

- ¡No sé, pero las noticias desde La Paz son alarmantes. El día del golpe mataron a varios dirigentes cuando tomaron la C.O.B. - manifestó el Jefe de Pulperías en tono amenazante. Quería decir algo más, pero calló al escuchar el estridente silbido de la sirena.

Aquel silbido prolongado, roto tan sólo por unos segundos, anunciaba inevitablemente una desgracia; un accidente en la mina o cuando invadían el campamento las tropas del ejército. El Jefe de Pulperías se dirigió al escritorio y comenzó a escarbar en las gavetas. El portero corrió para impedirlo.

"¡El ejército está a la altura de la Tranca!", "¡Compañeros vienen los soldados!", "¡Están tomando el campamento!"... eran las voces que venían de afuera. Se escucharon disparos que parecían llegar de distintas direcciones. La gente se dispersó. Nica quedó atrapada en la explanada rodeada en semicírculo por las edificaciones de la empresa. La niña se atoró entre los callapos colocados unos sobre otros formando rejillas en el piso. El lugar había quedado desolado. Desde allí pudo ver al Jefe de Pulperías caminando sobre el techo de la Gerencia. Portero e hijo salían por la puerta principal rumbo a la bocamina. Tuvo un primer intento para seguirlos pero se quedó al verlos desaparecer.

El Jefe de Pulperías tambaleó en el techo, se puso de cuclillas para descender por la parte posterior, pero regresó buscando el lugar más bajo para dejarse caer. Se escucharon nuevos disparos, luego una metralleta, la situación era confusa.

¿Contra quiénes estaban disparando? El Jefe de Pulperías se dobló sobre sus rodillas y cayó como un fardo. Los disparos parecían más cercanos. Se escuchó una detonación y luego gritos y voces de mando. Cerca de allí alguien gritó de dolor. Los quejidos estremecieron a Nica. Se inclinó hasta esconder la carita entre la falda y luego las voces de los soldados en el fondo de su miedo.

Nica miraba la oscuridad de sus ojos cerrados cuando una mano la sobresaltó. A sus espaldas estaba el minero "Huacho". El minero que ella veía pasar todas las tardes cuando no había sol. Se arrastró llevando la pierna derecha convertida en una mole de carne sanguinolenta y en su cara ensangrentada sólo podía verse un ojo brillando de furia y dolor. Nica estaba paralizada. "Huacho" hizo una mueca y le temblaron los pómulos. Logró apoyarse sobre los callapos sosteniendo la carga de dinamita. Hizo señas para que Nica saliera. La niña no intentó nada. El minero se arrastró un trecho más y le señaló la puerta del depósito de explosivos. Ella podría colocar la carga. "Huacho" revisó la mecha, los fulminantes. Su rostro se endureció. Nica lloraba comprendiendo que debía obedecer. El tiempo se eternizó entre la niña y el minero. Ella tomó la carga. Se arrastró hacia la puerta del depósito sin dejar de ver a "Huacho" que sostenía la mecha. Raspó los codos contra el suelo. Más allá un perro olfateaba el cadáver del Jefe de Pulperías. Nica dejó la carga con torpeza, "Huacho" jadeaba de dolor haciendo señas para que empujara los cartuchos. Nica obedecía a medias. De pronto los disparos convulsionaron todo y ella encontró el momento para correr hacia unos fierros herrumbrosos, no había avanzado gran cosa. El carro de asalto ganó la explanada llevando al trote a los soldados por ambos flancos. Frenó su tos cubriéndose la boca con las manos. Los soldados preparaban la toma de la bocamina; atrapar a cientos de mineros refugiados en su interior era el objetivo; dejarlos morir como ratas.

Nica vio hacia los callapos, hacia donde estaba "Huacho" arrastrándose. Los cascos verdes se movían, como hongos, ganaban el espacio dispuestos a matar, momento en que una tremenda explosión cortó todo. Las miradas se elevaron hacia un punto infinito desde los cerros, desde las galerías subterráneas, desde el último estertor.